

Dará elogios, humilde y respetoso,  
Al que goza en el mundo digna altura;  
Que no soy tan mohino y escabroso,  
Que me oponga al honor, crédito y lustre  
De autor que es benemérito y famoso.  
Pero, ¡oh cuán corto que es el bando ilustre!  
¡Cuán pocos los que el justo Jove ama (1),  
Y en quien mi saña crítica se frustra!  
Ya ves cuán impetuosa se derrama  
La turba multa de escritores memos,  
Que escriben á la hambre, y no á la fama.  
Y así, no extrañes, no, que en mis extremos  
Me muestre más sañudo que apacible,  
Pues me fuerza el estado en que nos vemos.  
La vista de un mal libro me es terrible,  
Y en mi mano no está que en este caso  
Me deje dominar de la irascible.  
Días há que con ceño nada escaso  
Hubiera desahogado el entresijo  
De las fatigas téticas que paso,  
Si tú, en tus cobardías siempre ñjo,  
No hubieras conseguido reportarme;  
Pero ya se fué, amigo, quien lo dijo.  
De aquí adelante pienso desquitarme;  
Tengo de hablar, y caiga el que cayere;  
En vano es detenerme y predicarme.  
Y si acaso tú ú otro me dijere  
Que soy semipagano (2) y corta pala,  
Y que este empeño más persona quiere,  
Sabe, Lelio, que en esta cata y cala,  
La furia que me impele y que me ciega,  
Es la que el desempeño más señala;

- (1) ..... *Pauci quos æquus amavit*  
Jupiter. (Virg., lib. vi, *Æneid.*, v. 129.)  
(2) ..... *Ipsæ semipaganus*  
*Ad sacra vatum carmen offero nostrum.*  
(Pers., in *Prolog.*, v. 6.)

FIN DE LAS POESÍAS DE JORGE PITILLAS.

Que aunque es mi musa principianta y lega,  
Para escribir contra hombres tan perversos,  
Si la naturaleza me lo niega,  
La misma indignacion me hará hacer versos (3).

SONETO (4).

Oh tú, cuervo infeliz, cuyo graznido,  
Con bronca voz, con destemplado aliento,  
Al compas del más rústico instrumento  
Intimas desazones al oído,  
Di, ¡qué infernal Apolo te ha influido  
Tan discorde, tan bárbaro concento?  
¡Oh, quién nunca tuviera entendimiento  
Para que nunca fueses entendido!  
Deja la inculta lira; no presumas  
Profanar, atrevido é insolente,  
La noble ocupacion de nobles plumas;  
Pues no conseguirás, aunque lo intente  
Tu necia rustiquez con ansias sumas,  
Que el sagrado laurel orle tu frente.

- (3) *Si natura negat, facit indignatio versum.*  
(Juven., sat. 1, v. 79.)

(4) Este soneto fué estampado en la carta burlesca de Jorge Pitillas contra don Pedro Nolasco Ocejo, autor de un perverso poema á san Antonio Abad. *Diario de los Literatos*, tomo v, página 50.) No cabe duda en que el soneto es del mismo Jorge Pitillas. Dice éste con sorna, en su carta, lo siguiente:

«No han dado ustedes poco motivo á don Pedro de levantar el grito y lamentarse del poco miramiento con que se le trata, llamándole poeta *siivestre*... y esto con tanto empeño y acrimonia, que no dudo le aplicarian (si de él tuviesen noticia) un soneto que hizo cierto amigo mio á otro poeta de la misma estofa de que ustedes in justamente nos quieren hacer á don Pedro, y que, pues para entre mis manuscritos, le he de trasladar aquí.»  
(Nota del Colector.)

## DON IGNACIO DE LUZAN.

### NOTICIAS BIOGRAFICAS Y JUICIOS CRITICOS.

#### MEMORIAS DE LA VIDA DE DON IGNACIO DE LUZAN, ESCRITAS POR SU HIJO DON JUAN IGNACIO DE LUZAN, CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE SEGOVIA.

La creencia en que estoy, con bastante fundamento, de que, sin embargo de ser tan conocida la *Poética* de DON IGNACIO DE LUZAN, por lo que toca á su persona solo queda generalmente una noticia confusa y diminuta, me ha movido á escribir estas Memorias de su vida. Las dividiré en dos partes: en la primera trataré de su nacimiento, educacion, estudios, viajes y empleos; y en la segunda, despues de dar una ligera idea de su carácter moral y de sus talentos, y de referir algunas particularidades que manifiestan el juicio que de ellos hicieron sus primeros maestros y otras personas, y comprueban el mio, daré una noticia razonada de sus principales obras, tanto impresas como inéditas, con el juicio que he formado de cada una de ellas, ciñéndome cuanto sea posible y permita la materia, para no ser molesto á los lectores. Procuraré igualmente evitar la nota de apasionado; pero si enteramente no lo consiguere, me servirán de disculpa los justos motivos por que lo debo ser.

Nació este caballero en Zaragoza, á 28 de Marzo del año de 1702, y le bautizaron en la Seo. Fueron sus padres don Antonio de Luzan y Guaso, señor de Castillazuelo, y gobernador entonces del reino de Aragon, y doña Leonor Perez Claramunt de Suelves y Gurrea. Sus abuelos paternos, don Jaime Teodoro de Luzan, señor de Castillazuelo, y doña Ana de Guaso y Cosecón; y los maternos, don Gaspar Perez Claramunt de Suelves Fernandez de Luna, señor de Suelves y Artasona, y doña Benita de Gurrea y Turlán, hija de los señores condes del Villar. Ideaban los padres de DON IGNACIO darle desde sus más tiernos años la educacion correspondiente á una persona de tan distinguido nacimiento; pero no lo pudieron efectuar, tanto por la muerte inopinada de doña Leonor, como porque el estado que tenian las cosas en aquel reino puso á don Antonio en circunstancias que le obligaron á dejar su patria, y pasar con toda su familia á Barcelona, donde murió el año de 1706, dejando huérfano, de edad de cuatro años, á su último y más querido hijo; de suerte que estando tambien fuera de España todos sus tíos y hermanos, vino á quedar DON IGNACIO sin otro arrimo que el de su abuela paterna, cuya situacion, avanzada edad y falta de salud, junto con la poca ó ninguna tranquilidad que se lograba en toda la Cataluña, y especialmente en Barcelona, acabaron de hacer impracticables todos los pensamientos que habian tenido sus padres en órden á su educacion. Sin embargo, aunque esta señora, á pesar de sus buenos deseos, no pudo darle aquella formal y metódica que se intentaba, hizo de su parte cuanto le sugirió su afecto y le permitieron las circunstancias en que se hallaba; y la buena disposicion natural de DON IGNACIO suplió en lo posible la falta irremediable de otros auxilios. Procuró la abuela instruirle en la verdadera religion, inspirarle amor á ella, y radicar en su alma las semillas de todas

las virtudes cristianas y políticas; manteniendo y fomentando al mismo tiempo aquella tenaz afición á saber, que ya en sus cortos años manifestaba.

Así aprovechó el tiempo que residió DON IGNACIO en Barcelona, hasta el año de 1715, en que concluido el célebre sitio de aquella ciudad, pasó, en edad de trece, á Mallorca, donde se detuvo algun corto tiempo, en compañía de don José de Luzan, eclesiástico, tío suyo, que le llevó consigo á Génova, y luego á Milan. Allí estuvo de asiento dicho tío cinco ó seis años, no se sabe con qué destino; y allí fué donde empezó el jóven IGNACIO á recibir de buenos maestros una enseñanza metódica; porque á poco tiempo de haber llegado á aquella ciudad, logró su tío colocarle en el seminario de nobles, llamado de Patellani, que sin duda estaba incorporado con el colegio Braidense de jesuitas, ó á su cargo en cuanto á los estudios. En él aprendió prontamente la lengua italiana, y despues estudió con el padre Perotto la gramática latina, y últimamente con el padre Cinnami la retórica. Más adelante aprendió con perfección la lengua francesa. Continuó en aquella ciudad, dedicado enteramente al estudio de las bellas letras, hasta que con motivo de estar su tío nombrado para una plaza de inquisidor en Sicilia, tuvo que dejar á Milan, y pasar en su compañía á Nápoles, donde se detuvo dos ó tres meses, que aprovechó estudiando la lógica de Aristóteles y las de otros autores modernos. Pasó despues á Palermo, y creyéndose ya de asiento en aquella isla, pensó seriamente en tomar carrera determinada, para proporcionar su acomodo. Su genio dulce y estudioso no era á propósito para la dura é inquieta profesion militar; y conociendo muy bien que para los empleos civiles ó eclesiásticos no hay otra puerta que el estudio de alguna de las facultades mayores, se dedicó al de la jurisprudencia, en que hizo más que regulares progresos. El año de 1727 se graduó de doctor en ambos derechos en la universidad de Catana; y ya ántes, en el de 1724, tal vez aspirando al logro de algunos beneficios para asegurar su manutencion si faltaba su tío, y en el interin se proporcionaba empleo correspondiente de toga ó de iglesia, se habia ordenado de prima y grados.

Pero aunque su principal estudio era éste, que abrazó por necesidad, no se contentó con la jurisprudencia de las aulas, sino que extendió su aplicacion al derecho patrio, y levantó su entendimiento hasta las partes más sublimes de esta ciencia, como son el derecho público, natural y de gentes, en los que sin duda debió de adquirir singulares luces, que conservó y manifestó muchos años despues en obras y papeles importantes, trabajados por gusto ó por comision superior, en los diversos graves negocios que estuvieron á su cuidado. Y no siendo aún bastante el estudio vasto y profundo que hacia en una facultad tan espinosa, para ocupar todo su talento y para satisfacer completamente á su natural curiosidad, y á aquella vehemente propension que siempre tuvo á saber y lograr una universal instruccion, sin ser dueño de sí mismo en esta parte, le fué preciso abrazar al mismo tiempo otros muchos de que voy á dar cuenta.

Dedicóse, pues, DON IGNACIO en primer lugar al estudio de la filosofia moderna, tanto sistemática como experimental, y al de las matemáticas, en que fué su maestro el padre Spedaleri, jesuita, profesor entónces de mucho crédito. En una de sus obras inéditas se ven bastantes indicios de su aprovechamiento en uno y otro; y por otra parte, asegurando él mismo en una carta á un amigo residente en Alemania, que hallaba particular deleite en las matemáticas, los que saben á fondo esta ciencia comprenderán desde luego que debió tener en ella una inteligencia más que mediana. Con igual gusto y provecho emprendió el de la historia en todos sus ramos, y como tan inseparables de éste, el de la cronología, para el cual se formó él mismo un breve tratado, que aprendió de memoria; y el de la anticuaria, disponiendo á este fin dos tablas muy á propósito para adquirir gran facilidad y destreza en el conocimiento de las medallas, y en la inteligencia de sus leyendas é inscripciones. Con estos y otros medios consiguió ser peritísimo en la critica de la historia, como lo acreditó en adelante en varias obras que escribió en España. Aplicóse con no menor cuidado á la teologia moral y expositiva, y á la lectura de los Santos Padres. Aprendió la lengua alemana, que hablaba y escribía corrientemente. Se perfeccionó en la italiana, que manejaba con igual primor y propiedad que los más hábiles nacionales. No dejó de cultivar la latina, en que era muy diestro; y últimamente, estudió á fondo la griega, siendo su maestro el padre Jerónimo Gustiniani, jesuita, famoso profesor de ella, en que hizo tales progresos, que traducía y comentaba á Homero de repente. Aprendió casi de memoria los mejores poetas italianos, latinos, y algunos de los griegos; y aún extendió su aplicacion hasta dar algunos ratos á la música y al dibujo, y no sin aprovechamiento. Acaso pareceria increíble todo esto, si no lo asegurase el mismo DON IGNACIO en la carta ya citada al amigo residente en Alemania; el cual, ad-

mirado y aún temeroso de que perdiese la salud, le respondió, procurando con razones y ejemplos persuadirle á que refrenase esta *bárbara curiosidad*. Pero le replicó DON IGNACIO, demostrando que lo que á él le parecia imposible ó muy perjudicial, no era sino muy fácil y útil á un hombre de talento, ejecutándolo con el método y la direccion que él mismo habia ideado y explica. Lo particular es, que al mismo tiempo, como si estuviera muy despacio, ó como si no tuviera otra ocupacion, no cesaba de escribir y componer poesias, discursos, traducciones y otras obras de que se hablará á su tiempo, ya por su gusto, ya por encargo de dos academias de Palermo, de que era individuo, y que se juntaban, la una en casa del señor Filingeri, principe de Santa Flavia, y la otra, llamada del Buen Gusto, en casa de un erudito canónigo de aquella iglesia, llamado don Agustin Panto.

Así vivia DON IGNACIO en Palermo, entregado enteramente á sus estudios y al trato continuo de todos los eruditos de aquella ciudad, cuando en el año de 1729 asaltó la muerte á su tío don José, que le mantenía; por lo que le fué preciso volver á Nápoles para acogerse á la sombra de su hermano, el Conde de Luzan, que se hallaba de gobernador del castillo de San Telmo. La mudanza de domicilio en nada alteró el género de vida de DON IGNACIO. Estudiar, escribir y tratar con los sabios más célebres de Nápoles eran sus continuas ocupaciones. Es verdad que alguna debilidad que empezó á experimentar en su salud, le obligó á moderarse en cuanto al estudio; pero esta misma necesidad, aunque le varió en el modo, le mejoró en la sustancia; porque tomando nuevo método, no tan fatigoso, pero más útil y seguro, meditaba más, aunque estudiaba ménos. Allí compuso varias obras, de que hablaré más adelante. El año de 1732, la nueva academia, titulada de los Ereinos, que se habia erigido el año ántes en Palermo, y en la que á porfía se habian alistado los ingenios más sobresalientes de toda Italia, le declaró por uno de sus individuos, con el nombre de Egidio Menalipo.

En fin, el año de 1733, informado el Conde su hermano del mal estado en que se hallaba la hacienda que poseia en Aragon, juzgó muy conveniente que volviese DON IGNACIO á España con los poderes necesarios para administrarla; lo que ejecutó prontamente, abandonando gustoso, por servir á su hermano y volver á su amada patria, todas las grandes proporciones y bien fundadas esperanzas de hacer una carrera brillante, con que le brindaba la fortuna en aquellos paises. Desembarcó en Barcelona, y desde allí vino derechamente á Zaragoza, donde por entónces fijó su residencia, y más adelante se retiró á Monzon, por parecerle pueblo más acomodado para su vida filosófica y estudiosa. Tambien pasó algunas temporadas en la ciudad de Huesca, por los mismos motivos, y por otro más particular; pues por los años de 1736 á 1737 pensó en darse una compañera que le sirviese de consuelo en su poco próspera suerte, y manejase la economía casera, que de ordinario suele ser repugnante ó impracticable á los genios muy amantes del estudio. Gobernóse en este asunto por ideas muy propias de un filósofo, y fué á buscar en una pequeña aldea lo que, á mi ver, no creyó fácil de encontrar en las ciudades y pueblos de mucho gentío y bullicio. Buscó, digo, una mujer de buen parecer, prudente, honesta y hacendosa, y todo lo halló á medida de su deseo en doña Maria Francisca Mincholet, hija de don Jorge Mincholet, hidalgo hacendado del lugar de Añes.

Entregado enteramente hasta entónces DON IGNACIO al deleite que le causaba el estudio, y bastante ocupado, por otra parte, en el manejo de la hacienda de su hermano, aunque sin otro arbitrio para subsistir que las asistencias que éste le daba, no habia pensado en pretensiones, ó no habia tenido tiempo para ellas; pero despues de casado, viendo que ya tenia persona en quien poder con seguridad descargar el peso de su administracion, y echando de ver al mismo tiempo que se aumentaba su familia, y no su renta, conoció que ya podía y aún debia resolverse á pasar á la corte, y correr los ordinarios trámites de pretendiente. Con efecto, hizo varios viajes á Madrid, pero su natural encogimiento apenas le permitió acercarse á aquellas puertas que otros saben hacerse abrir casi al primer golpe. Y así, en cuantas veces se dejó ver en la corte no adelantó un paso para mejorar de fortuna, y sólo llevó el estéril consuelo de que los que le trataron le reconocieron acreedor á una muy distinguida.

Sin embargo, aunque por entónces nada logró de lo que pretendia, se puede decir que su mérito iba insensiblemente levantando el edificio; porque si no lograba premios y empleos, recibia públicas y no equivocadas demostraciones de la estimacion que ya se hacia de sus talentos y literatura; pues en el año de 1741 fué elegido académico honorario de la Real Academia Española, el siguiente pasó á la clase de supernumerario, y un poco más adelante fué recibido en la de la Historia.

La precision de trabajar de continuo en los asuntos á que con mucho ardor se dedicaban entonces ambas academias, y acaso la no infundada esperanza de que estos mismos trabajos literarios le abrieran algun dia el camino á un establecimiento decente, le movieron á detenerse en Madrid, en su último viaje, por mucho más tiempo que en otros; y no le engañó su corazón, porque en el año de 1747, impensadamente, y sin haberlo pretendido, se halló nombrado para la secretaría de embajada de París, en ocasion de estar destinado por embajador á aquella corte el excelentísimo señor Duque de Huéscar, despues de Alba. Insinuaré de paso que, segun parece, no fué de mucha satisfaccion para los hermanos de don IGNACIO este destino, particularmente para el conde don Antonio, que respondió á quien le dió la noticia, en términos que denotan no haberle creído correspondiente al cúmulo de circunstancias que concurrían en su hermano; pero éste, más bien enterado de la estimacion que logran en España y otros países tales empleos, le admitió gustoso, y pasó prontamente á la referida corte, donde residió con este carácter hasta Setiembre del año de 1749, en que, por haberse retirado á España el Embajador, se le dió el de encargado de negocios, que ejerció hasta que, nombrando el Rey nuevo embajador y secretario, se restituyó á España, por Mayo de 1750.

Sin embargo de las delicadas circunstancias en que se hallaban los negocios políticos entre aquella corte y la nuestra cuando se confirió á DON IGNACIO la secretaría, desempeñó las obligaciones de su empleo muy á satisfaccion de su majestad; y en prueba de ello, le confirió á su vuelta plaza del Consejo de Hacienda y de la Junta de Comercio, le hizo superintendente de la Real Casa de Moneda de Madrid, y poco despues tesorero de la Real Biblioteca.

Establecido ya con su familia de asiento en la corte, continuó sirviendo á su majestad en los referidos empleos, y trabajando en otros negocios y encargos secretos de la mayor importancia, que se le cometieron por los ministros, y especialmente por el señor don José de Carvajal, que no sólo tenía particular confianza en los talentos de DON IGNACIO, sino que le honraba con una íntima amistad. Esta misma le llevó á la academia *del Buen Gusto*, que tenía en su casa la excelentísima señora doña Josefa de Zúñiga y Castro, marquesa de Sarria, señora muy instruida y discreta; y con alusion á sus muchos viajes, tomó el nombre de *El Peregrino*, y compuso y leyó en ella varias poesías, que fueron recibidas con aplauso de los concurrentes.

El señor don Fernando VI determinó por entonces dar una insigne prueba de la proteccion con que queria honrar y fomentar á las tres nobles artes, elevando al titulo de Academia de San Fernando la junta preparatoria que para el cultivo de ellas habia establecido su augusto padre, y asistió DON IGNACIO como académico á la funcion de apertura, que se tuvo el año de 1752. En el mismo año acordó la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona admitirle por individuo suyo en la clase de honorario. Por último, en el año de 1754, parece que el Rey, persuadido á que nuestro DON IGNACIO era capaz de desempeñar cargos de mucha mayor entidad que los que ejercia, pensaba levantarle á uno de los primeros puestos del Estado; pues se sabe tuvo secreto aviso de un personaje que manejaba los principales negocios, de estar ya destinado para un grande empleo. Y á mi ver, á este aviso aluden sin duda unas expresiones vertidas en su elogio académico por el señor don Fernando de Magallon, que siendo sujeto de la mayor confianza de DON IGNACIO, pudo saber de su boca lo mismo que tambien han asegurado otras personas que tuvieron iguales motivos de estar bien informadas en el asunto. Pero la muerte le sorprendió aceleradamente, y ahogó al nacer las nuevas y agradables esperanzas de su familia; porque casi al mismo tiempo en que se le dió el aviso referido, cayó gravemente enfermo, y á los siete ú ocho dias, en el 19 de Mayo del mismo año de 1754, habiendo mostrado en toda su enfermedad, hasta el último instante de su vida, la mayor constancia, serenidad y resignacion, espiró, con mucho sentimiento de cuantos le conocieron y trataron. Se tiene entendido que aun el Rey, cuando le dieron la noticia de su muerte, manifestó con expresiones muy honorificas la particular estimacion que habia hecho de DON IGNACIO; y en prueba de ella, nombró por su caballero-paje al hijo segundo, que es quien escribe estas Memorias. De allí á pocos dias concedió á la viuda una pension de nueve mil reales; y por muerte de ésta, acaecida año y medio despues de la de su marido, continuando su majestad sus piedad con la familia de DON IGNACIO, mandó repartir dicha pension entre sus tres hijos: dos mil y quinientos á cada uno de los dos varones; al primero, que servia en la marina, hasta que llegase á ser en propiedad capitan de fragata; y á mí, hasta que saliese de su real casa con el acomodo correspondiente; y los restantes cuatro mil á la hija, con calidad de vitalicios; circunstancias todas que denotan el superior concepto en que tenía su majestad á DON IGNACIO.

Fué este caballero tan amado y bienquisto en todas partes por sus prendas, como estimado por su literatura. Su bella índole, y la buena educacion moral que recibió desde sus primeros años, se correspondieron y ayudaron reciprocamente; y una sana filosofia, que fué el más precioso fruto de sus estudios, fortificó, arraigó y perfeccionó en su alma lo que la naturaleza y la enseñanza habian plantado en ella; de suerte que, aun en el ardor de la edad juvenil, jamas se le conoció vicio, ni otra pasion que la de estudiar y saber. Ni las varias fortunas de su vida, ni la infinita diversidad de costumbres y ejemplos, conversaciones y lecturas en los muchos países en que estuvo, jamas pudieron corromper su corazón, ni apartarle un punto de la práctica constante de todas las virtudes cristianas y políticas. Su ingenio era delicado, su imaginacion viva y aun fogosa, pero al mismo tiempo arreglada. Tenia memoria feliz y entendimiento claro, perspicaz, dilatado y capaz de comprender á un tiempo muchos y muy diversos asuntos, sin confundirlos. Estaba dotado naturalmente de juicio sólido y seguro, de gusto sano y de discernimiento fino; calidades que, perfeccionadas con la reflexion y el estudio, se advierten en todas sus obras. A estas prendas, tan apreciables y tan necesarias para estudiar con fruto y escribir con acierto, juntaba un ardiente amor al bien público, en especial de su patria, que fué siempre el principal objeto que se propuso en todo lo que escribió, como él mismo asegura en cierta obra de que luego daremos noticia.

En prueba de su talento natural, no omitiré la noticia de que durante su estancia en Barcelona se dedicó á leer la *Historia de España* del padre Mariana, y que ántes de tener once años la sabía casi de memoria, y daba igualmente razon de la sagrada y de la mitología. Pero donde se ofrecen las pruebas más seguras de sus felices disposiciones naturales, es en los testimonios que recibió de sus maestros en los primeros estudios que hizo en Milan, que, como ya dije, lo fueron el padre Peroti, de latinidad, y el padre Cinnami, de retórica; quedando bien acreditada la justicia de las demostraciones que les mereció, con el juicio que de algunas poesías que compuso estando aun en el aula de retórica, hizo el padre Tomas Ceva, del mismo colegio, hombre de gusto muy delicado, gran filósofo y poeta. Estas poesías italianas y latinas existen todas ó la mayor parte en mi poder, y en ellas se ve confirmado lo que he dicho de su natural buen gusto; pues no teniendo, cuando las hizo, perfecta noticia de las reglas del arte, las observó como si las hubiera estudiado á fondo. Y esto mismo demuestra cuán conformes á la buena razon natural son las reglas fundamentales de la poesia. Así lo reconoció DON IGNACIO cuando despues leyó las obras del padre Le-Bossu y otras sobre la materia; y el haber hallado tan ajustadas las reglas de sus autores á las que su misma razon le habia dictado, fué, á mi ver, uno de los motivos más fuertes que tuvo para declararse celoso y constante defensor de esas mismas reglas.

En el corto tiempo que se detuvo en Nápoles, al paso para Palermo, entre otros libros filosóficos, leyó la lógica que comunmente llaman de Port-Royal, y la compendió en castellano con suma brevedad, claridad y exactitud. Estando ya en Palermo, y siendo de edad de veinte y dos años, poco más, á instancia de otro jóven amigo suyo, compuso un compendio de las cuatro principales partes de la filosofia: lógica, metafísica, física y moral; en el que se advierten dos circunstancias dignas de aprecio: una es la bella latinidad con que está escrito, y otra el haber omitido todo lo superfluo, sin que falte nada de lo esencial. Siguió en él comunmente las opiniones de Cartesio, aunque algunas veces le impugna; y aun sobre algunos puntos en que le siguió entonces, reflexionando algun tiempo despues, mudó de dictámen, y lo anotó así en el lugar correspondiente. Poco despues de haber formado este compendio ó tratado, escribió una epistola, dirigida al mismo jóven, con el titulo *De morte non metuenda*, en que se echa de ver bastante elegancia, erudicion y buena filosofia. Dirémos de paso que por entonces, y por encargo de una academia, de que era miembro en aquella ciudad, compuso y leyó en junta pública un discurso en italiano, intitulado: *Rendimento de grazie à nostro Signor Gesù-Christo*, en que acredita estar bastante versado en la Sagrada Escritura y expositores. Defendió tambien en una carta española, con erudicion y solidez, á los filósofos modernos, en particular á Cartesio; y dió pruebas suficientes de sus progresos en el derecho civil y canónico, pues se halló capaz de escribir varios tratados sobre las materias de *dote*, de *substitutionibus*, *donationibus*, *et censibus*; y tambien compuso una especie de compendio de las instituciones, con notas, para las cuales le serviria de mucho auxilio el poder meditar originalmente los textos del código; pues al mismo tiempo que estudiaba jurisprudencia aprendió la lengua griega con la perfeccion que dije arriba, acreditándolo algunas poesías que compuso en este idioma, y las traducciones que hizo entonces de algunas odas